



## ENCUENTRO 1A

# UNA VISIÓN CRISTIANA DE LA UNIVERSIDAD

## Relatora<sup>1</sup>

### MARÍA DEL ROSARIO SÁEZ YUGUERO

Rectora de la Universidad Católica Santa Teresa de Jesús de Ávila

Muy buenas tardes y sean todos bienvenidos a esta sesión de *Yo soy cristiano en la universidad*. Este es un tema propuesto para esta sesión y es la visión cristiana de la universidad para debatir hechos y propuestas. Nos acompañan dos rectores y un alumno de universidades católicas y cabe preguntarse si también en las universidades católicas es difícil ser cristiano hoy o, por el contrario, es una tarea muy fácil. Ellos nos lo van a decir ahora.

Yo, desde luego, tengo algunas cuestiones sobre, por ejemplo, si son necesarias las universidades católicas en una sociedad donde los gobiernos se hacen cargo de la educación universitaria. ¿Qué nos puede aportar hoy una universidad católica? ¿Son cristianos nuestros alumnos y nuestros profesores? ¿Son verdaderamente espacios donde se puede encontrar a Jesucristo? ¿Qué puede aportar a la ciencia, a la cultura, a la fe y a la razón o a la sociedad la visión católica de la universidad?

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

Pues bien, para ilustrar estas cuestiones, contamos, como les decía, con un rector; el rector de la Universidad San Pablo CEU, don Antonio Calvo Bernardino, que es catedrático de Economía; catedrático por oposición en una universidad pública, en la de Castilla-La Mancha, pero que lleva en el CEU siendo vicerrector prácticamente toda la vida con una excedencia; vicerrector creo que desde el año 99. Él ha escrito numerosos artículos, libros y he de decir que es un excelente profesor, es un buenísimo rector pero, sobre todo, un excelente profesor y lo pone de manifiesto que esta mañana, cuando me lo encontré en el colegio mayor, estaba acompañando a un alumno para resolverle sus problemas; con lo cual, dije: “Realmente es un rector que, además, ejerce de profesor”. También lo pone de manifiesto el hecho de que vaya por la 25ª edición un libro que los alumnos utilizan como manual y como libro de consulta sobre el sistema financiero español.

Le quiero agradecer que nos acoja en esta, su casa, en la Universidad de San Pablo CEU, sede de este Congreso. Él tiene la palabra en primer lugar para hablarnos de la visión cristiana de la universidad hoy.



# Ponente

**ANTONIO CALVO BERNARDINO**

Rector de la Universidad CEU San Pablo

## Introducción

La situación actual de la Universidad, no siendo precisamente fácil, tampoco debe llevarnos a catalogarla, como hacen algunos, como dramática, basando su afirmación en que sus indudables avances y logros de épocas anteriores para la educación y la cultura se han reducido significativamente en los últimos años.

Esta situación es un reflejo más de las características actuales de nuestra sociedad; una sociedad con una falta de valores y, en especial, de valores católicos, pues aunque existe un elevado porcentaje de españoles que se declara católico, ello no se traduce automáticamente en un cumplimiento del mismo tenor de nuestras obligaciones religiosas, y ello además engendra escepticismo en los fundamentos mismos del saber y de la ética (Conferencia Episcopal Española, 2006), haciendo cada vez más difícil ver con claridad el sentido del hombre, de sus derechos y sus deberes (Grochowski, 2000 y Juan Pablo II, 1995).

En este contexto, la necesidad de Universidades católicas que transmitan estos valores resulta si cabe mucho más relevante. Mucho se ha escrito sobre el papel, la misión y los objetivos de estas Universidades, ya sean promovidas por la Iglesia, o por iniciativa social sin ánimo de lucro, por auténticos especialistas, y, por supuesto, por los últimos Papas, pero también, como no podía ser de otra manera, desde nuestra Institución, tanto desde la Asociación Católica de Propagandistas, a través de sus Principios, Orientaciones y Normas de Actuación (2008), como de algunos de mis antecesores en el cargo<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Desde nuestros Papas, hay que referirse a lo largo de la intervención, como es obvio, a tres encíclicas fundamentales de San Juan Pablo II: *Veritatis splendor* de 1993, *Evangelium vitae* de 1995 y *Fides et ratio* de 1998. A ellas incluso añadiría diversos discursos del Papa Benedicto XVI (Ratisbona, 2006; Sapienza, 2008; Sacro Cuore, 2011; entre otros) y las referencias a la Universidad que se recogen en la Exhortación Apostólica *Evangelium Gaudium* de Su Santidad el Papa Francisco de 2013.

Por tanto, mi papel en esta intervención, va a ser, como no puede ser de otra manera, y porque además me muestro de acuerdo con lo que aquí voy a decir, recoger lo que constituye lo más relevante de lo que se ha escrito respecto a esta visión cristiana, así como lo que sería adicionalmente mi visión sobre el desafío en el que se encuentra inmersa nuestra Universidad en este contexto de profundos cambios que estamos viviendo, y que se van a seguir desarrollando en el futuro próximo.

## Los fines de una Universidad Católica

No podemos olvidar, como en numerosas ocasiones se ha dicho, que una Universidad Católica es primero Universidad, y luego católica (Parejo, 2011)<sup>2</sup>. La Universidad católica, decía el Papa Juan Pablo II (hoy Santo), realiza en sí misma la síntesis entre la fe y la razón en fidelidad a su doble identidad: universidad y católica. No se trata de dos conceptos extraños, y mucho menos incompatibles, como si sólo forzosamente pudieran darse juntos (Juan Pablo II, 1990)<sup>3</sup>. Ello significa que cualquier enseñanza universitaria debe asegurar una enseñanza superior general, desarrollar la investigación y los conocimientos, responder a las necesidades del mercado de trabajo, ofrecer una formación especializada y de alto nivel a los futuros profesores, contribuir a reforzar la competitividad económica por medios diversos (estímulo del espíritu empresarial, de las actividades creadoras de riqueza...), jugar el papel de mecanismo de selección y conceder títulos a los que a continuación ocuparán puestos de alto nivel en la administración, las empresas, etc., facilitar la promoción social de los buenos alumnos procedentes de familias modestas o de otras categorías desfavorecidas, poner diversos servicios a disposición de su región o colectividad, preparar a los licenciados para el ejercicio de las funciones de directivos y servir de modelo para la aplicación de ciertas políticas nacionales (Juan Pablo II, 1990; C. Grocholewski, 2000).

Las Universidades son pues un ámbito privilegiado para pensar y desarrollar este empeño formativo, pero también evangelizador en el caso de las católicas, de un modo interdisciplinario e integrador (SS. Papa Francisco, 2014). Su objetivo final debe ser avanzar en el conocimiento humano y no

---

2 Parafraseando a nuestro primer Presidente, el Siervo de Dios Ángel Herrera, podríamos extender su afirmación en relación al periódico *El Debate*, del que decía que, para ser un buen periódico católico, éste debe ser primero un buen periódico y luego católico, que una buena universidad católica debe ser primero una buena universidad, y luego católica.

3 En su Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas, San Juan Pablo II indica que, aunque la misma está orientada básicamente a Universidades Católicas, también se dirige a cualquier institución Católica de enseñanza superior, es decir, a todas aquellas que están comprometidas en la transmisión del mensaje del Evangelio de Cristo.

sólo con el propósito de acumular conocimiento sino para descubrir principios fundamentales y aumentar la comprensión de estos principios más que simplemente describir fenómenos (Ascanzo, 1994). Por tanto, en un concepto amplio de educación, la Universidad católica debe educar, pero también debe llevar a cabo una tarea investigadora (Serrano, 2016).

Hablar de educación significa hablar de valores permanentes, arraigados en la dignidad de la persona y en la proyección de su libertad; es también aprehender la realidad de un determinado momento histórico, el que a cada uno de nosotros nos corresponde vivir, interpretando adecuadamente sus circunstancias desde la referencia de los valores que queremos vivir y divulgar. La educación es, en suma, reconocimiento de libertad, afirmación del diálogo y despliegue de los valores personales y sociales.

Educar es entonces una tarea continua, constante, compartida, difícil, pero también ilusionante y trascendente como pocas, en la búsqueda de la verdad, que es la base de la educación (Versaldi, 2016).

Educar es entusiasmar con los valores (Ayala, S.J., 2001; Parejo, 2013). Ayudar al desarrollo físico, psicológico, espiritual y cultural. Por eso alberga en su interior dos vertientes: comunicar conocimientos y promover actitudes. Información y formación. Educar no es enseñar matemáticas, ni gramática, ni historia..., sino preparar a una persona para vivir la historia personal del mejor modo posible. Educar es despertar curiosidades, impartir sugerencias, provocar sorpresas, enseñar a pensar, y a resolver conflictos. En definitiva: revelar e ilustrar para que alguien sepa gestionar mejor su propia vida<sup>4</sup>.

Pero, como decíamos, una Universidad católica requiere de algo más. Su misión fundamental es la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad (Asociación Católica de Propagandistas, 2016).

La investigación universitaria se debe orientar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas. Es decir, en cuanto católica, debe inspirar y realizar su investigación, su enseñanza y todas las demás actividades según los ideales, principios y actitudes católicos (Juan Pablo II, 1990).

Descuidar la propia identidad significa terminar sirviendo a los valores dominantes en cada momento. Una Universidad que educa así es una institución mimetizada dentro de la corriente cultural en que está inmersa.

---

<sup>4</sup> En este sentido, el Cardenal Cañizares señala que el principal reto que demanda la enseñanza es la educación; es decir, en sentido concreto, educar a la persona, hacer posible su desarrollo pleno e integral, enseñarla a ser un hombre o una mujer cabal (Cañizares, 2016).

En efecto, el papel de las universidades católicas debe ser una adecuada formación en valores, de la que otras no se ocupan o lo hacen en muy escasa medida (Domínguez Nafría, 2013). Debe suponer una formación humanista de fondo, puesto que al hombre y a la sociedad en definitiva se dirigen. Y las dimensiones fundamentales de esa formación humanista, que debería promover la enseñanza universitaria, son las siguientes (Parejo, 2008, b):

- Una formación personalizada, no sólo en el sentido de enseñanza personalizada (trato del profesor, etc.), muy deseable por otra parte, sino también que el sistema debería ser tal que facilitara que el estudiante pudiera hacer su propia carrera en un proyecto personal preparatorio del profesional que aspira a ser.
- Una formación para el trabajo individual responsable y creativo. Esta dimensión es complementaria de la formación para el trabajo en equipo, porque sólo desde la responsabilidad propia se puede realizar una verdadera aportación al equipo.
- Hacer de cada estudiante una persona culta.
- Finalmente, una dimensión que resulta también importante en una formación humanista es aquella que conduce a los estudiantes a saberse simultáneamente individuo y parte de un todo.

Por tanto, se ha de evitar la tentación de adaptarse servilmente a las exigencias y a los caprichos y vaivenes del mercado y transformarse simplemente en una escuela profesional de alto nivel. La universidad no puede reducirse a una fábrica de titulados, ni a regirse sólo por criterios de eficiencia y rendimiento económico, por muy necesario que esto sea; su objetivo no es únicamente conseguir la inserción en el mercado de trabajo, sino antes y sobre todo, la búsqueda de la verdad, en esa relación única que se establece entre maestro y alumno, verdadera comunión de vida (Poupard, 2005; Morandé, 2007).

La Universidad católica o de inspiración católica no puede dedicarse a hacer lo que hacen otros, porque ellos lo hacen mejor, están más acostumbrados, e iría en contra, además, de sus principios. En el caso de la Universidad CEU San Pablo, no se puede ir en contra tanto de los principios de nuestra creadora, como los de nuestra propia Universidad, que emanan de los de aquella, como muy bien se resume en el Preámbulo de nuestras Normas de Organización y Funcionamiento (Universidad CEU San Pablo, 2011). En ellas se indica que la Universidad orienta su misión y trabajo en varios principios: en primer lugar, en la creación de una comunidad universitaria concorde en la común consagración a la verdad, en la visión de la dignidad de la persona humana y del mensaje de Cristo, que da a la Universidad su carácter distin-

tivo; en segundo, en la cercanía entre profesores y alumnos, que busca favorecer los vínculos personales del magisterio; en tercero, en la excelencia en la docencia en todos los niveles universitarios y todas las disciplinas; en cuarto, en el compromiso con la investigación; en quinto lugar, en el estudio de la verdad de las cosas guiado por la búsqueda de la integración del saber, por el diálogo entre la fe y la razón, la preocupación por las implicaciones morales de los métodos y los resultados de la investigación científica y técnica y el reconocimiento del papel sapiencial insustituible que corresponden a la teología católica; y, finalmente, en ofrecer su contribución a toda la sociedad, y poner a disposición de quienes carecen de medios económicos suficientes una política eficaz y generosa de becas y ayudas al estudio para colaborar a la consecución de sus fines.

A partir de lo anterior, cualquier Universidad católica no lo es exclusivamente porque tenga un buen número de estudiantes católicos, ni tan siquiera porque cuente con un capellán y una capilla para la oración y los sacramentos, con la celebración institucional de los actos religiosos, ni porque en el currículum se incluyan algunos cursos de teología o de Doctrina Social de la Iglesia, o se promuevan actividades de voluntariado social extracurriculares, sino que lo será porque una mayoría de sus miembros se comprometan según su propia condición y responsabilidad (Benedicto XVI, 2008; Franco, 2008, a).

Si queremos que los centros que la integran sean ámbitos de formación integral y de evangelización es preciso que la pastoral no sea un apéndice, un añadido, un adorno estético, sino la referencia que da sentido e identidad a la institución (Florencio, 2009; Franco, 2008, b).

Para ello, la Universidad debe ofrecer una amplia gama de posibilidades que ayuden a los alumnos precisamente a lograr la integración entre la vida y la fe, el saber universitario y la cosmovisión que el cristianismo ofrece como clave interpretativa de todo fenómeno humano (Franco, 2008, b). En este sentido, es preciso que los responsables de la pastoral reciban el apoyo y la colaboración máximos de los responsables seculares de los centros contando naturalmente con los medios necesarios para llevar adelante las iniciativas pastorales (Asociación Católica de Propagandistas, 2008).

Lo católico de la Universidad es, sobre todo, una forma específica de usar la razón y el corazón, en todo: en clases, en lecciones magistrales, en discursos, en homilías.... una forma de usar la razón desde la fe para buscar la verdad y el amor.

La Universidad debería ser, en definitiva, precisamente el lugar donde de uno no solo aprende más cosas, adquiere más conocimientos, sino, sobre

todo, donde uno es más, se hace más hombre, mejor hombre, donde crece su humanidad (Poupard, 2005).

## **El papel de los estudiantes y de los profesores en una Universidad católica**

La esencia de la educación superior está en la introducción de los estudiantes a un mundo de responsabilidad y de hallazgos intelectuales en el que tiene que desempeñar su papel. Han de enseñárseles técnicas y métodos y han de adquirir un núcleo adecuado de conocimientos; y, lo que es más importante, que se les infunda un espíritu de trabajo y de aprendizaje.

Así pues, aunque el profesor universitario debe comenzar enseñando los conocimientos básicos y las técnicas para el ejercicio de la profesión que se va a seguir, su misión no se reduce simplemente a eso (Poupard, 2005), sino que hay otros aspectos consustanciales a la propia razón de ser de la enseñanza universitaria:

- Enseñar a pensar para estar en disposición de saber, de conocer a fondo cualquier actividad superior y de poder afrontar problemas nuevos.
- Contribuir al desarrollo de las ciencias, cualquiera que sea su naturaleza.
- Convertirse en baluarte y depositario del bagaje cultural, acrecentarlo y transmitirlo.

Partiendo de esta misión general, el proceso formativo de una institución católica debe colocar en el centro de la comunidad universitaria a la persona humana, dotada de capacidad racional y de voluntad libre; con un profesorado que se constituya en referencia formativa, tanto docente e investigadora como de comunicación.

La Universidad se constituye la guardiana no sólo del saber sino también de los valores que se sabe impone no sólo de las competencias profesionales sino también de las obligaciones éticas que implica (Poupard, 2001).

Dado que la comunidad académica está compuesta mayoritariamente por laicos, los cuales asumen en número siempre creciente altas funciones y responsabilidades de dirección, el futuro de las universidades católicas depende, en gran parte, del competente y generoso empeño de los laicos católicos (Juan Pablo II, 1995)<sup>5</sup>. En este contexto, hay que subrayar la importancia del profesor y, con mayor razón, del claustro de profesores. Ellos son los que hacen la institución y la impregnan de aquellos valores reconocidos en su

---

<sup>5</sup> "El alma del buen profesor ha de estar amasada con una alquimia peculiar y rarísima: saber sólido y abundante, sustentado en una curiosidad espiritual inagotable; cultura verdadera, exacta y sintética..." (Serrano, 2016).

Ideario. Su papel lo subraya perfectamente el Cardenal Poupard (2005), al indicar que los profesores deben ser maestros de sus alumnos. Deben dedicarles todo el tiempo que sea necesario sin tatarlo mezquinamente; prolongar la lección lo requerido y estimular el trato personal con el alumno, la pasión por el saber, el deseo de aspirar a metas más altas, de no conformarse con los logros adquiridos. Demostrar a sus estudiantes que es posible realizar en la vida la síntesis entre el conocimiento y la acción: que a un mayor conocimiento del mundo y de la realidad corresponde una vida moral más íntegra, que ser más sabio significa también ser mejor.

La Universidad católica, si quiere sobrevivir en un contexto como el actual, no necesita solo de expertos, sino sobre todo de maestros.

Esta pasión por el estudiante es una pasión por la verdad, aspecto que debe definir al maestro de una institución católica, y es igual que enseñe matemáticas o electricidad (Franco, 2008, a); nunca debe recortar su pasión y su dedicación a la verdad e introducir a los alumnos en el ámbito mismo donde él se mueve, el de la visión integral del hombre y el de su destino trascendente que nos revela la fe cristiana (Raga, 1998).

¿Qué médicos, informáticos, fisioterapeutas, periodistas, ingenieros, publicistas serán aquellos que saben cómo funcionan las cosas pero no para qué? ¿De qué sirve construir puentes, proyectar complejos industriales, diseñar sofisticados programas informáticos o conocer las más avanzadas técnicas de cultivo celular, si no sabemos para que los queremos? (Poupard, 2005).

Precisamente, a partir de lo reflejado, se deduce que el núcleo de la vida universitaria es la relación profesor-alumno. Es ahí donde se juega su verdadera formación integral, se construye la Universidad como comunidad. Las demás actividades universitarias como la pastoral, acción social, deportes, etc., por importantes que puedan ser, son periféricas en relación con la docencia en el aula. Por ello, la identidad de las universidades católicas se juega prioritariamente en las aulas, en cómo afrontar el quehacer universitario los profesores y los alumnos, en el contenido, la profundidad y la significación de los conocimientos que comparten y en la relación que entre ellos establecen.

Resulta imposible en cambio que una Universidad sea católica en profundidad si mantiene una docencia y una investigación de sus profesores puramente instrumentales, o que simplemente reproducen la cultura dominante.

Una Universidad es pues lo que sean sus profesores. Los alumnos pasan, y ellos se quedan, de ahí que se requieren muchos y verdaderos maestros (Florencio, 2009). Unos maestros unidos en una tarea formativa conjunta y no

dispersa, pues la formación debe lograr que las diversas disciplinas, cada una a su modo, se vean como parte de un algo más grande (Benedicto XVI, 2007).

Esta forma de enseñar va en contra de la fragmentación y de la falta de comunicación entre los docentes. Tiene que haber una mayor interdisciplinariedad, evitando el alejamiento entre facultades de una misma universidad, que a menudo ignoran lo que hacen los departamentos o los centros vecinos. La universidad debe ser un lugar privilegiado para ampliar los horizontes abriéndose a la totalidad del saber humano.

Es cierto que los alumnos que vienen a nuestras universidades vienen a adquirir determinados conocimientos que les capaciten para ser auténticos profesionales que desempeñan las funciones más importantes que requiere la sociedad de nuestro tiempo, pero también, con el objetivo de esa interdisciplinariedad, debemos tratar de que puedan ponerse en contacto con las grandes cuestiones del hombre tal y como la presentan las humanidades, y los estudiantes de letras, adquiriendo las nociones de cultura científica y tecnológica imprescindibles para comprender el mundo en que vivimos<sup>6</sup>.

Así pues, todas las asignaturas deben estar impregnadas de ese carácter católico, pero también es preciso que esa interrelación entre las diferentes ciencias suponga la impartición de materias como Doctrina Social de la Iglesia y Ética, amén de la posibilidad de incorporar, en función de la duración de los estudios, y para no desviar la atención de una formación adecuada según los estudios que quieren recibir los estudiantes, otras enseñanzas de carácter humanístico.

En este proceso no pueden quedar tampoco al margen esos grandes desconocidos de la vida universitaria, sin cuya contribución una universidad no podría desenvolverse. Me refiero al personal de administración y de servicio, muchos de cuyos miembros han convertido su trabajo en una cátedra desde la que se imparten las más altas lecciones de la vida (Poupard, 2001; Benedicto XVI, 2011; Parejo, 2013).

En el ámbito de la investigación, por su parte, la Universidad católica debe tratar de ser pionera en todas las disciplinas que se imparten en ella. Seminarios, laboratorios, publicaciones, el fomento de la creatividad y el espíritu crítico, el deseo de mejorar, deben formar parte del acervo de sus valores (Poupard, 2005).

Investigar no consiste sólo en aportar nuevos conocimientos, sino también en hacer posible la síntesis del saber, la superación legítima de los

---

<sup>6</sup> Al igual que nadie obliga a un profesor a enseñar en una Universidad católica o de inspiración católica, tampoco nadie obliga a un estudiante a venir a una universidad con este Ideario pero, una vez admitido, debe aceptar la formación integral que se le ofrece (Bruguès, 2009).

límites del propio método científico para llegar a campos superiores del pensamiento. Una Universidad así es el lugar ideal para realizar el proyecto originario de la Universidad, donde las distintas facultades pueden intercambiar los resultados de su investigación, hacer partícipes a los demás miembros de la comunidad universitaria de los últimos avances en sus respectivos campos (Poupard, 2001). La preocupación ética debe caracterizarla, pues la investigación debe realizarse siempre con la preocupación por las implicaciones éticas y morales, inherentes tanto en los métodos como en sus descubrimientos.

Pero, finalmente, la Universidad católica o de inspiración católica debe ser también comunicadora (Rendón, 2016), impulsar actividades en defensa de los valores básicos de nuestra convivencia plural y de la concepción ética y cristiana de la vida y de la familia; propagar y difundir el pensamiento cristiano a través de los modernos medios de comunicación social y de las nuevas tecnologías, así como la presencia de centros de opinión y círculos culturales y académicos; realizar encuentros con colectivos de la sociedad civil, colegios profesionales y fundaciones afines, entre otros; organizar campañas comunes, manifiestos o pronunciamientos y artículos de opinión sobre todas aquellas cuestiones que lesionen nuestra concepción moral de la vida pública; y favorecer las vocaciones a la vida política apoyando iniciativas y los medios de formación a través de nuestras obras docentes.

## **Conclusiones: el papel de nuestra Universidad**

En definitiva, pues, una Universidad católica debe apostar por la defensa de su identidad; para ello (Parejo, 2006), debe mantener y reforzar una organización general que le permita cumplir su misión, sus objetivos fundamentales, de manera adecuada, lo que significa que en ella (Cobo, 2001; Parejo, 2013):

Uno. Se mantenga un liderazgo claro del grupo católico promotor y del equipo directivo de la universidad, dando ejemplo de su compromiso con los valores personales y sociales que se desea promover y transmitir en la universidad.

Ese equipo directivo tiene que esforzarse continuamente en la tarea encomendada, con entusiasmo, en una labor difícil, dura y costosa, pero también de un gran atractivo y muy estimulante si se lleva a cabo con eficacia. Una labor que exige flexibilidad, capacidad de dirigir, organizar, coordinar e impulsar equipos humanos, atención a las demandas de la sociedad y del mercado laboral, iniciativa y espíritu permanente de innovación...

Dos. Exista un número importante de profesores y PAS que comparta y defienda los valores y planteamientos de la Universidad, y un claro respeto en el resto hacia los mismos valores.

Unos profesores, en primer lugar, que, como se dijo, son siempre la pieza clave del proceso educativo de los alumnos, y que se constituyen esenciales para conseguir los objetivos planteados por la institución. Para ello se exige vocación, esfuerzo docente, investigación de calidad, capacidad de adaptación a las innovaciones pedagógicas, énfasis en la labor tutorial y de atención y servicio a sus estudiantes (y, diríamos, a sus familias), colaboración con el área, el departamento, el centro, etc., en el que se integran...

Un personal de administración y servicios, por su parte, cordial, con excelente trato a los profesores, alumnos, directivos; eficaz, competente, responsable, pendiente de atender y solucionar los problemas; entregado a su tarea, consciente de su papel, deseoso de la mejora continua en el trabajo...

Tres. La descripción institucional explícita de un ideario cristiano, que eduque en la verdad, y de un perfil de los titulados que responda a los valores y planteamientos de una educación universitaria integral.

Cuatro. La elaboración de un proyecto educativo en cada titulación que concrete ese perfil de las tareas que han de desarrollar los titulados; que establezca para ello los objetivos generales de la titulación, y que determine, asimismo, otros objetivos necesarios para la vida profesional y personal en la nueva sociedad, a la formación para la promoción de la justicia y a las aportaciones específicamente cristianas de la Universidad (Domínguez Nafría, 2015; Calvo, 2016); y que establezca en consecuencia el plan de estudios, es decir, las materias necesarias para alcanzar esos objetivos.

Cinco. Una formación del profesorado dirigida a que cada profesor sea capaz de integrar en sus materias la aportación que puede realizarse desde ellas, para la adquisición por los alumnos de las capacidades generales, los aprendizajes profesionales o las aportaciones más específicamente cristianas.

Seis. La realización de una investigación a fondo y de calidad de la realidad en todas sus dimensiones, especialmente atenta al estudio de las implicaciones éticas y espirituales de los grandes problemas del hombre y de nuestras sociedades, de sus causas y consecuencias, y el mantenimiento de unas relaciones permanentes, cordiales y fructíferas con la jerarquía de la Iglesia, para recibir su magisterio de la mejor manera posible y para prestar el servicio más satisfactorio.

Valores en términos de sabiduría, prudencia, sentido de la justicia, generosidad, libertad, responsabilidad, civismo, apertura y cultivo del espíritu,

honestidad, solidaridad, capacidad crítica, capacidad de relación y convivencia, sensibilidad social, compromiso ético, calidad, tolerancia..., deben impregnar nuestra actividad (Domínguez Nafría, 2013) y ser transmitidos fielmente a nuestros alumnos y profesores, de forma que impregnen también sus comportamientos y actitudes y que no puedan permanecer indiferentes ante la realidad y los problemas que les circundan; que sean capaces de responder a las grandes cuestiones que hoy se nos plantean (Parejo, 2001).

Conseguir una actitud que implique, entre otras actuaciones, las siguientes, expuestas sin ánimo de exhaustividad y sin orden de prelación, aplicadas a nuestra Universidad CEU San Pablo (Parejo, 2013):

Uno. Luchar de forma continua y persistente para aumentar la calidad, o lograr la excelencia, en nuestra tarea educativa como padres, profesores, directivos de centros educativos, personal de administración y servicios y ciudadanos en general.

Dos. Transmitir adecuadamente y defender nuestros valores, los del humanismo cristiano, nuestras creencias, en fidelidad con el magisterio de la Iglesia.

Tres. Practicar de manera pública y notoria esos valores, rechazando la separación que muchas veces otros defienden entre nuestra vida espiritual, con sus valores y exigencias, y nuestra vida secular, la de familia, trabajo, relaciones sociales y compromiso político cultural. Es decir, manteniendo la coherencia moral en estos dos ámbitos de nuestra existencia.

Cuatro. Participar en la vida pública, en la política, el derecho, la economía, la empresa, la cultura, los medios de comunicación, etc., con esfuerzo de autenticidad y fidelidad, humildad y unidad, libertad y respeto a las ideas de los demás, pero desde una identidad católica vigorosa y sin miedo a las dificultades que la sociedad actualmente nos plantea.

Cinco. Reforzar la identidad de la Universidad, organizándola y dirigiéndola adecuadamente para el logro de su misión.

Seis. Estar siempre dispuestos a mejorar, dar ejemplo, asumir el papel de maestros, mantener nuestra vocación, significarnos por nuestra labor evangelizadora, toda ella orientada al conocimiento de la verdad. No servirse de ella, si no servirla, buscarla por sí misma, no plegarse a las propias utilidades o conveniencias.

## **Referencias bibliográficas**

ASCENZO, G. D'. "Discurso Inaugural". Apertura de curso, Universidad de "La Sapienza". Roma: 1994.

- ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS. “La acción pastoral en los Centros educativos de la Fundación San Pablo-CEU. Orientaciones y normas de actuación”. Documento aprobado por el Patronato de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU el 23 de mayo de 2008.
- “La relevancia de una misión”. Editorial. *Boletín Informativo de la ACdP*, nº 1191, marzo-abril, 2016.
- AYALA, S.J. *Obras completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- BENEDICTO XVI. “Discurso a la Comunidad de la Universidad Católica de Ratisbona”. Alemania: 2006.
- “Discurso preparado para el Encuentro con la Universidad de La Sapienza en Roma”. Mimeo: 2008.
- “Discurso a la Comunidad de la Universidad Católica del Sacro Cuore”. Milán: 2011.
- BRUGUÈS. “La iglesia y las universidades católicas”. Presentación en el Salón de Honor de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 24 de marzo, 2009.
- CALVO, A. “Palabras del Rector”. Acto de Graduación de alumnos de la Facultad de Derecho, mayo, 2009.
- CAÑIZARES, A. (2016): “Reflexiones sobre la educación”. Diario *La Razón*, 19 de octubre, 2016.
- COBO, J.M. “Papel de la Universidad católica en la educación para una nueva sociedad”. Actas del Congreso Católicos y Vida Pública. BAC, 2001.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. “Orientaciones morales ante la situación actual de España”. Instrucción Pastoral. Madrid: Edice, abril 2006.
- DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J.C. “Palabras del Rector”. Acto de Graduación de los alumnos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación. 2013.
- “Palabras del Rector”. Acto de Graduación de los alumnos de la Facultad de Derecho. 2015.
- FLORENCIO, P. “Nostalgia, mimetismo o nuevo humanismo”. Mimeo: 2009.
- FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Evangelium Gaudium*. 2013.
- FRANCO, C. (2008, a). “La nueva evangelización: retos a las obras educativas de la ACdP”. Conferencia pronunciada el 11 de diciembre de 1998.
- (2008, b). “La educación católica, auténtico apostolado en las obras educativas del CEU”. Conferencia impartida el 2 de enero en el Campus de Montepíncipe de la Universidad CEU San Pablo (Madrid).
- GROCHOLEWSKI, Z. “Universidad católica: sé lo que debes ser. Identidad y misión de la Universidad católica”. Mimeo: 2000.
- JUAN PABLO II. “Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas”. Roma: Mimeo, 1990.

- Encíclica *Veritates Splendor*. 1993.
- Encíclica *Evangelium Vitae*. 1995.
- Encíclica *Fides et ratio*. 1998.
- MORANDÉ, P. “De cómo la fe se hace cultura”. Mimeo, 2007.
- PAREJO, J.A. “Discurso del Rector”, Apertura del curso académico 2001-2002. “La Universidad CEU San Pablo camino de la excelencia”. Discurso Inaugural del curso académico 2006-2007.
- “La Universidad CEU Cardenal Herrera: estrategia general y principales actuaciones futuras”. Discurso inaugural del curso académico 2007-2008. Valencia: 2007.
- (2008, a) “Apertura del curso académico 2008-2009”. Discurso Inaugural, Universidad Cardenal Herrera-CEU. Valencia: 2008.
- (2008, b) “La misión de los laicos católicos en la vida pública: una referencia especial a su tarea educativa”. Conferencia pronunciada en el Curso de Verano de Santander, 2008.
- “La formación integral en la Universidad: una vocación apasionante”. Lección Magistral. Festividad de San Vicente Ferrer. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad CEU San Pablo. Madrid: 2013.
- POUPARD. “Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana”. Lección inaugural del curso académico en la Universidad Católica San Antonio, en Murcia: 2001.
- “Santo Tomás de Aquino y la vocación de la Universidad Católica”. Lección Magistral impartida en la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, 13 de junio. Publicada en la Revista *Prudentia Iuris*, 2005.
- RAGA, J. “Discurso del Rector”. Acto académico de inauguración del curso 1998-1999. 1998.
- RENDÓN, A. “Por una regeneración de la sociedad”. Artículo de opinión en *Boletín Informativo de la ACdP*, nº 1191, marzo-abril, 2016.
- SERRANO. “El vuelo del Alción. La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación en la historia”. Lección Magistral, abril 2016.
- UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO. “Normas de Organización y Funcionamiento”, Decreto 31/2011, de 2 de junio, del Consejo de Gobierno de la Comunidad de Madrid (BOCM de 10 de junio). 2011.
- VERSALDI. “La educación católica en una sociedad plural”. Lección Inaugural del curso académico 2016-2017, Universidad San Dámaso. Madrid: 2016.

Doña María del Rosario Sáez Yuguero - Muchísimas gracias, rector, por esta exposición, por haberte ceñido muy bien al tiempo. Cuando le escuchaba, ver esta visión cristiana de la universidad me respondía a esa primera pre-

gunta: ¿son necesarias hoy las universidades católicas? Y lo enlazaba con la ponencia inaugural tan brillante que hemos escuchado en la cual se nos decía que debajo, en el fondo, en la raíz de todas estas crisis monetarias, ecológicas, toda esta enumeración de crisis, subyace una crisis ética y más ética para nosotros, creyentes, una crisis cristiana. Con lo cual, creo que podemos hacer mucho, mucho desde nuestra pequeñez. Como universidades, ese granito que podemos aportar es importante (y enlace lo que acabamos de escuchar, con lo que hemos oído en la conferencia inaugural).

Es para mí un grandísimo honor presentar a la rectora de la Universidad Pontificia de Salamanca, que es rectora desde hace un año y ha marcado un hito en la historia no porque sea la primera mujer rectora, que podía haber sido porque le tocaba por cuota, sino porque se lo ha ganado a pulso trabajando durante muchos años en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Myriam Cortés es gallega. Además, tiene el mérito de ser madre de cuatro hijos y hacer compatible la vida familiar con la vida profesional, con lo que esto conlleva de plus a las mujeres; que se nos exige lo mismo, pero, además, en casa, más.

Ella es licenciada en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela en 1988. Después, se licenció en Derecho Canónico con premio extraordinario en la Universidad Pontificia de Salamanca. Es doctora en Derecho Canónico casi por casualidades de la vida, pero creo que la casualidad no existe providencialmente. Es catedrática de Derecho Eclesiástico del Estado español en la Facultad de Derecho Canónico desde 2008. Ha sido decana de la Facultad de Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de Salamanca, es miembro de la Comisión Asesora de la Junta Episcopal en la Conferencia Episcopal Española y, como les decía, es rectora de la Universidad Pontificia de Salamanca desde hace un año.

Yo, que he tenido la oportunidad de coincidir con ella en reuniones en la Junta de Castilla y León o en Roma o en otros sitios, doy fe de que es una gran mujer, muy valiosa, muy trabajadora y una gran luchadora. Así que, Myriam, tienes la palabra para decirnos cuál es tu visión de una universidad católica como es la Pontificia de Salamanca, con una trayectoria mucho más amplia que, por ejemplo, la nuestra. Supongo que tienes también una visión muy global de lo que significa una universidad católica pontificia como es la vuestra en el panorama universitario español. Cedo la palabra.



## Ponente<sup>1</sup>

**MYRIAM CORTÉS DIÉGUEZ**

Rectora de la Universidad Pontificia de Salamanca

Muchas gracias, Charo, por la presentación tan inmerecida, que me ha avergonzado hasta lo más último. Bueno, no le hagan caso. No voy a hablar de la Universidad Pontificia, voy a hablar en general de lo que yo considero que es el papel de la universidad católica, de la universidad cristiana tal como lo propone la Iglesia y, en realidad, de lo que voy a hablar es de lo que me gustaría que fuera mi universidad, no lo que es. Luego uno llega hasta donde puede en su universidad y cada universidad tiene sus avatares propios y sus circunstancias propias y, por tanto, tiene que hacer su propia receta y aplicarla en cada momento histórico en el que le toca actuar.

Voy a hacer unas breves consideraciones, espero no pasarme de los quince minutos, a modo de estímulos para la reflexión y el diálogo. Nada más lejos de mi intención de proponer, desde luego, orientaciones acabadas o cerradas, ni muchísimo menos.

Antes de comenzar con estas reflexiones, me parecía que era bueno recordar tres datos, por más que sean sabidos. Uno: que la institución universitaria nació históricamente de la mano de la fe cristiana, es decir, en el surgimiento histórico de la universidad está la Iglesia; su ansia de saber y al tiempo de enseñar la sabiduría del Evangelio. Otro dato es que la Iglesia ha considerado siempre, como parte de su misión apostólica, la creación de universidades y que, por tanto, estas son, en sí mismas, instituciones eclesiales nacidas del mismo corazón de la Iglesia. El tercero es que la universidad católica es el instrumento cualificado que tiene la Iglesia para que la fe se convierta en cultura, para “inculturar” la fe, para que esta penetre en la inteligencia humana, y lo ofrece al mundo para la búsqueda de la verdad.

Voy a centrarme unos minutos en el sustantivo “universidad”. Tan alta importancia y función que la Iglesia atribuye a la universidad cristiana obliga, en primer lugar, a destacar este sustantivo: “universidad”. La universidad cristiana ha de ser, por encima de todo, eso, universidad y, además, modelo

---

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

de universidad, porque cualquier proyecto cristiano ha de ser, antes de nada, humano y ejemplar en lo humano, como Cristo lo fue en su encarnación como hombre. Insistiendo un poco más en esto, permítanme que, para intentar ilustrar unas breves palabras sobre la misión de cualquier universidad actual, me remonte a la universidad salmantina del siglo XVI, aunque pueda parecer una paradoja. Como saben, a aquella época debemos grandes maestros como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Tomás de Mercado, Martín de Azpilcueta o Francisco Suárez, precursores de la famosa Escuela de Salamanca. Ellos contribuyeron con su trabajo intelectual a afrontar los retos que planteaban los dos grandes acontecimientos de su tiempo, el descubrimiento del Nuevo Mundo y la división de la Iglesia a causa de la reforma protestante. Y lo hicieron con elaboraciones doctrinales rigurosas, no con polémicas, dando las respuestas concretas y prácticas que demandaban los diversos problemas, ayudando, de esta manera, a los titulares del poder real eclesial del momento a afrontarlos con acierto. Pero, además, más allá de aportar soluciones coyunturalmente, acertadas humana y moralmente, crearon escuela, y su pensamiento se difundió en Europa y en América gracias a las enseñanzas de sus discípulos y sus postulados en el campo del derecho, de la economía (de la cual se ha hablado), de la política, de la moral y de la teología. Trascendiendo su siglo, sentaron las bases de la teoría de los derechos humanos, de la ciencia económica o de lo que hoy llamamos “derecho internacional”. De esta manera, consiguieron que la Universidad de Salamanca fuera no sólo un centro educativo y de formación, sino un lugar de producción, de exportación de ideas y de valores cristianos que generaron progreso humano y desarrollo social en aquel momento, pero también lo propiciaron para el futuro. Trabajaron, pues, para su tiempo, pero también para el porvenir de las generaciones venideras y siguen siendo por ello, en mi modesta opinión y a pesar del tiempo transcurrido, un ejemplo de lo que debe aportar la universidad a la sociedad. Es evidente que hoy nuestras universidades tienen otros retos delante, pero su función sigue siendo la misma. A la universidad actual se le pide mucho más que impartir enseñanza superior e iniciar en la ciencia a través de la investigación. Se espera de ella que, además, sea agente fundamental de transferencia de conocimiento, innovación científica, tecnológica y de emprendimiento. Estas nuevas competencias, a las que se vienen denominando “La Tercera Misión de la Universidad”, constituyen la proyección social de servicio y de compromiso de la universidad respecto de la sociedad.

Entrando ahora ya en el adjetivo “cristiana”, que identifica y distingue a nuestras universidades, la universidad cristiana ha de sentir y realizar, como la que más, esa función de servicio a la sociedad, pero no puede limitarse sólo

a servir a la sociedad, pues para ello están las instituciones seculares. La universidad cristiana ha de ser consciente de que su verdadera misión es servir a la Verdad (a la Verdad con mayúscula, por supuesto). Lo expresó muy bien Juan Pablo II en un discurso dirigido a universitarios, cuando dijo que una universidad cristiana, efectivamente, debía distinguirse por un nivel elevado de investigación científica y por el estudio profundo de los problemas, pero que eso no bastaba. Era necesario encontrar el significado último en Cristo y en su mensaje salvífico, que abarca al hombre en su totalidad. También el Papa Francisco, como se nos ha recordado hace pocos minutos, ha repetido en diversas ocasiones que la mayor crisis de la educación está en haberse cerrado a la trascendencia y que la causa de la crisis económica, cultural, religiosa, ambiental y de todas las crisis que afectan a la humanidad, está en la profunda crisis antropológica que se ha instalado en nuestra sociedad, que considera al hombre un producto económico, olvidando su dignidad como persona e ignorando sus derechos fundamentales. En esta problemática, la misión de la universidad cristiana entra de lleno sin duda ninguna. No es tarea fácil defender la existencia de la verdad y la necesidad de buscarla en un ambiente social imbuido de relativismo, en el cual, la libertad personal, el deseo o la opinión de cada cual se constituye en su verdad y donde, por tanto, se ignora que es la verdad, no la libertad, la que nos hace libres. El gran desafío actual de nuestras universidades es pues, sobre todo, dirigir de nuevo el pensamiento y el corazón de los hombres hacia Dios.

Con carácter general, podemos decir que nuestra misión es educar, no sólo enseñar. Con carácter particular, podemos decir a modo ejemplificativo que hemos de mostrar los valores en que creemos, que hemos de proponer, especialmente a los jóvenes, proyectos de realización humana que llenen el vacío que genera esa vida que a veces se centra en el dinero, en los honores o en el poder; todos ellos, factores que deshumanizan y que, con frecuencia, conducen a malos caminos, como la droga o la delincuencia.

Nuestros alumnos, que observan, sin duda, con curiosidad, a sus profesores y lo que hace o no hace la universidad, esperan coherencia en nuestros proyectos educativos y también una correlación de lo que se enseña con el testimonio personal del docente. Por ello, es capital que la universidad cristiana sea capaz de presentar a sus alumnos, y a la sociedad que le rodea y observa, modelos humanos atractivos en los que mirarse y a los que imitar, modelos de convivencia, de diálogo, de justicia, de solidaridad; en definitiva, de fraternidad. Si no presentamos esos modelos, si la propia universidad no es modelo y los profesores no se esfuerzan también por dar ejemplo de integración de la fe en su propia vida, nuestras palabras serán estériles, no

seremos creíbles. El Papa Juan Pablo II lo dice así de claro: “No es suficiente hablar de Jesús a los jóvenes universitarios, hay que hacer que lo vean a través del testimonio elocuente de la vida”.

Esta es la universidad cristiana, la que a mí me gustaría que fuera mi universidad y todas nuestras universidades. Sin duda, todas intentamos ser así. Pues esta universidad cristiana es la que vive y transmite esos valores, la que añade a su ser de universidad la luz del evangelio, la que aporta soluciones a los problemas y a las crisis de todo tipo con un juicio riguroso académicamente, por supuesto, y éticamente fuerte anclado en la visión cristiana del hombre. Permítanme que insista. Es muy loable formar a los estudiantes para una profesión y debemos hacerlo y facilitarles así, de esa manera, el empleo, pues, sin duda alguna, el paro que azota a nuestros jóvenes ofende su dignidad como personas, pero ello no basta para transformar la sociedad. Por eso, nuestras universidades han de redoblar ese esfuerzo formativo en los valores que dignifican al hombre y fomentan el diálogo, la escucha del otro, el trabajo colectivo y veremos cómo, si nos empeñamos, seguro, seguro que encontraremos siempre un mínimo común denominador.

¿Cómo avanzar en este camino? (ya voy terminando). Creo que hemos de dar un paso adelante, además de nuestros clásicos, digamos, instrumentos “identitarios”, nuestras asignaturas “identitarias”, el voluntariado que entusiasma a nuestros alumnos, sin duda, la capellanía o la pastoral universitaria que, por supuesto, hemos de potenciar y son parte de nuestra estructura. Pero, dando un paso adelante, la universidad ha de ser consciente de que es el espacio más apropiado para el estudio y la reflexión desde todas las especialidades. Ha de hacerse visible y presente, no sólo en el quehacer académico del día a día, sino también a través de congresos, foros de debate, convivencias, jornadas como esta en la que estamos hoy, por ejemplo, dentro y fuera de sus muros y también dentro y fuera de sus países, abriéndose todo lo posible al mundo.

Para cumplir convenientemente esta labor, es primordial que la universidad cristiana esté abierta a todos los saberes; todos son necesarios, todos son importantes; cada uno es una parte y, por tanto, incompleta, de lo que denominamos “Ciencia”. La unidad de los saberes, como sabemos, se da, naturalmente, como consecuencia de su misma procedencia del único dios creador y esa unidad hace que, como explica el cardenal Newman, cuando una disciplina falte en la universidad, no quede vacío su puesto, sino que sea usurpado por las demás ciencias, las cuales, usarán métodos propios y alcanzarán conclusiones a partir de sus propios principios, no ofreciendo, por tanto, ninguna garantía de acierto. Lo dicho vale también para la relación entre

las ciencias sagradas y las ciencias profanas; unas requieren de las otras, pues se complementan, junto a la teología, que da el sentido de trascendencia que necesita el conocimiento. También son necesarias las demás ciencias humanas, como la filosofía, las ciencias sociales, que darán a las ciencias experimentales la necesaria base de reflexión crítica para que cualquier decisión se tome para el bien del hombre y respete sus derechos fundamentales. Al tiempo, las ciencias empíricas, siendo absolutamente necesarias para nuestro bienestar social, no pueden, por sí mismas, abarcar el conocimiento de toda la realidad, pero nos ayudan y ayudan a la Iglesia a comprender mejor al ser humano y al mundo, también a interpretar los signos de los tiempos y a dar respuestas más acertadas a los problemas y exigencias de cada época.

Y ahora sí concluyo, con unas breves palabras sobre los profesores cristianos (de los cuales también ha hablado mi colega y estoy, por supuesto, totalmente de acuerdo y sencillamente voy a repetir básicamente lo mismo) y sobre los profesores de las universidades cristianas, en general. El planteamiento del trabajo cotidiano, sin duda, será distinto en los profesores cristianos y en los demás profesores que forman parte de nuestras universidades pero no son cristianos. Unos verán en el trabajo un modo de santificación, el lugar en el que vivir y dar testimonio de su fe como creyentes; los otros, simplemente, expresarán su respeto al ideario y ejercerán su libertad de cátedra sin más compromiso institucional. La propia institución ha de respetar la libertad religiosa de todos sus miembros: profesores, alumnos y personal de administración, y ha de garantizar que, efectivamente, quienes no sean creyentes o profesen otra religión sientan esa libertad. Pero es especialmente importante respecto de los docentes cuidar que el número suficiente compartan y quieran apoyar, efectivamente, el ideario, pues sin ello, sin un proyecto verdaderamente colectivo, la universidad cristiana será una quimera y, al tiempo, traicionará a quienes, orientados por sus familiares, amigos, párrocos, etcétera, eligen nuestras universidades esperando encontrar una formación en valores.

Termino animando a todos a trabajar en la tan ardua como imperiosa necesidad de cambiar la mentalidad de la sociedad, que es la base de cualquier otro cambio.

Muchas gracias.

[Aplausos]

María del Rosario Sáez Yuguero - Muchas gracias, rectora, por esta extraordinaria exposición de lo que ha de ser una universidad cristiana. Yo me quedo con que, tal vez, tenemos que hacer mucho más, como nos decía el Papa Juan

Pablo II, para que la fe se convierta en cultura. Probablemente, en las universidades católicas, cristianas, hemos perdido la batalla cultural y, tal vez, tenemos que esforzarnos mucho más en dar respuesta, como bien has dicho al principio de tu exposición que hizo la Escuela de Salamanca, en generar pensamiento. Vivimos casi en una sociedad en la que las universidades solamente nos hablan de empleabilidad, de innovación, de pragmatismo, pero no de generar algo tan importante como es cultura, como es pensamiento y como son las soluciones a los problemas que están en la base de la antropología.

Yo creo que alguien que sí que está haciendo que la fe se convierta en cultura es el alumno que nos acompaña, Álvaro Petit Zarzalejos, que especial. He visto su currículum y digo: a mí me gustaría tener alumnos como Álvaro porque, además de haber estudiado Periodismo (es graduado en Periodismo en San Pablo CEU), lo ha hecho en dos años y ahora es alumno de Historia, lo cual quiere decir que, del grado, sobran dos años para graduarse en Periodismo.

Él es un alumno que, además de dedicarse a estudiar y a formarse, ha fundado y es director de una revista de información y de análisis cultural, *Ritmos 21*, y ha hecho entrevistas a los personajes que más de actualidad están en nuestro país, como son Inés Arrimadas, Juan Manuel de Prada, Ángel Gabilondo, Pablo Casado, Manuela Carmena... En fin, ha entrevistado a los personajes de actualidad en nuestro país. Pero además de estudiar y ser buen estudiante, haber trabajado ya en diarios y crear su propia revista, haber publicado una obra literaria como el poemario de *La senda oscura* o *Cuando los labios fueron alas*, *Once noches, nueve besos*, además de todo esto, ha tenido tiempo de hacer voluntariado, esas pequeñas acciones solidarias que cambian el mundo en Bratislava, en Budapest, en Polonia, construyendo escuelas y no solamente allí, sino también aquí en Madrid, trabajando con niños en condiciones de exclusión social y haciendo que, de estos quince niños con los que ellos trabajaron, doce estén en la universidad y tres estén en Formación Profesional, lo cual quiere decir que es un ejemplo de esa aportación que se nos está pidiendo.

Álvaro, cuéntanos cómo has visto tú tu paso por la universidad, por una universidad católica, por una universidad de inspiración cristiana.



## Ponente<sup>1</sup>

### ÁLVARO PETIT ZARZALEJOS

Alumno de las Facultad de Humanidades y CC. de la Comunicación, Universidad CEU San Pablo

Bueno, parece más de lo que es en verdad el currículum, ¿eh? [Risas] Así dicho parece mucho más. Lo primero, y aunque haya que reducir mucho el tiempo porque hay más actos después, si me paso, me cortas, directamente.

María del Rosario Sáez Yuguero - Diez minutos.

APZ - Quiero agradecer a la organización del Congreso que me haya invitado, lo cual es un gesto de osadía, porque muchos de ustedes se preguntarán lo que me pregunto yo. ¿Qué hace este tío aquí rodeado de rectores?

[Risas]

MRSY - Por todas partes...

APZ - Que el único título que puede lucir es “alumno de una facultad”. Yo también lo pensé, pero viendo las ediciones anteriores del Congreso, mi presencia aquí responde a lo que es un hecho común a todas las ediciones y es la osadía de plantear unos eventos como este y la osadía en los programas. Y tengo que agradecer, muy especialmente, al decano de mi Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación, a Chema, el profesor Legorburu –todos le llamamos Chema–, porque fue quien dio mi nombre y le agradezco mucho la confianza de haberlo hecho para estar hoy aquí. Dicho esto, antes de empezar a hablar de lo que yo creo que debe ser una universidad cristiana, o el sentido de una universidad cristiana, primeramente habría que intentar definir qué es una universidad, porque tengo la intuición de que no se sabe muy bien qué es una universidad exactamente.

Antes de continuar, he de decir que juego con dos ventajas: la primera, que hablo en mi universidad, que es jugar en casa, y la segunda es que no soy rector. Entonces, tengo ventajas a la hora de hablar.

Cualquiera que se acerque a un campus se dará cuenta de que, primeramente, lo que es una universidad (o la sensación que a mí me da) es que es un ente burocrático, además, burocratizado y burocratizante. Es presa de un ímpetu totalizador en el que se entra en un ciclo, en un devenir constante

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

de ventanillas y formularios. Eso, siendo una desgracia (que lo es), tiene una parte positiva y es que hay estanterías llenas de papeles que esa burocracia ha generado y en los que se dan algunas definiciones de lo que es una universidad. Hay muchísimas. Yo he sacado dos, que tomo como paradigmáticas: centro de formación y centro de estudios superiores. No sé cuál de las dos es peor. Son definiciones parcas, son pobres y, algunas, hasta pedantes. Sin embargo, creo que responden bien a la ansiedad muy de nuestro tiempo de intentar hacer de todo algo fungible, algo caduco. Porque al definir de forma tan poco lúcida lo que es una universidad, se está levantando en torno a ella un cercado que la convierte en un objeto de su tiempo, sin mucha distinción con una administración de loterías o un bar. Porque al levantar en torno a la universidad un muro, se corta de raíz cualquier brote de trascendencia y todos los que estamos aquí, sobre todo los rectores lo sabrán mucho mejor que yo, estamos de acuerdo en que la universidad comparte algo con las obras más extensas del ser humano y es, precisamente, ese afán de trascendencia; una trascendencia que, por otro lado, está en su propia génesis. Trascendencia si la entendemos como la entiendo yo, por lo menos, que es una trascendencia como una nueva visión del tiempo más allá del tiempo. Es decir, San Agustín, que siempre está a mano, en el undécimo libro de sus confesiones, dice: “En cuanto al presente, si fuese presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, el presente para ser tiempo es necesario que pase a ser pretérito ¿cómo decimos que existe éste, cuya esencia y razón de ser están en dejar de ser?”. Y un poquito antes, unos párrafos antes de esta cita, San Agustín escribe: “Si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro”. O más sencillo, si el pasado no es, el presente está dejando de ser y el futuro aún no es. La trascendencia, entiendo yo, es, precisamente, un estado de visión del mundo en el que los límites de esos tres tiempos se desdibujan y los ojos empiezan a ver más con el alma que con los propios órganos, y cuando contemplan el tiempo no ven compartimentos estancos, sino un río que fluye, y eso es lo que creo que precisamente debe ser una universidad; creo que esos deben ser sus campus: las riberas del río del tiempo que en vez de peces, líquenes y algas, transporta vidas.

Esto no debe ser (o creo yo que no debe ser) asumido como excusa para desentenderse del tiempo que a cada uno le toca vivir. “Como tenemos que ser trascendentes, no me importa el hoy”. Antes creo que es al contrario; genera una obligación gravísima de ocuparse del presente; un presente que, además, está instalado en un frenético deseo de futuro, como si anhelara ser futuro a toda costa. Y las universidades, que debieran ser (y siguen siendo) estos vientres en los que el futuro se gesta, deben también saber refrenar ese

ímpetu por los tiempos que vendrán. Tienen que sujetar a ese caballo, las riendas de ese caballo que pugna por desbocarse y pisar todo lo firmemente que se pueda el suelo de este 11 de noviembre de 2016. Es alocado discurrir, que tomo palabras muy rimbombantes, muy medidas, como “progreso” o “desarrollo”. Es alocado porque se hace con ansias de ruptura, como si antes de este sacrosanto presente, no hubiese habido en la Tierra nadie que pensase. La trascendencia que define a la universidad es, precisamente, el remedio a ese delirio. ¿Progreso? Por supuesto, pero sin rupturas, sin adoptar esa postura tan soberbia de creer que antes de nosotros no hubo nada reseñable en la faz de la Tierra.

Pero hay que ser justos (más, si cabe) en estos últimos días del Año de la Misericordia. Ya lo he dicho, yo juego con ventaja, porque no soy rector, no sé lo que es gobernar una institución, no será fácil, eso seguro, pero la comunidad académica tiene que ser consciente de lo que tiene en su cargo; no sólo es un presente transustanciado en alumnos, sino que eso, sin ser poco, no es nada en comparación con lo que yo creo que, en verdad, tienen en sus manos los rectores, los profesores, el personal de servicios, hasta el personal de la cafetería, todos. Y es que por sus manos pasan esos tres estadios del tiempo de los que he hablado: el pasado (que les debe circundar), el presente (que les tiene que ocupar) y el futuro (por el que tienen que trabajar y, si la burocracia les deja, reflexionar). Porque son sus manos las que, inundadas de trascendencia, tienen que moldear el tiempo hasta convertirlo todo él en un instante perenne que concite cientos de vidas que fueron, que son y que serán y que, íntimamente, esperan de las universidades algo más, mucho más, que un título al cabo de cuatro o cinco años.

Pero si nos atenemos al hoy, en la universidad, más; en nuestros días, tiene que ser, sobre todo, un hogar para lo sublime, para la belleza, una inconquistable fortaleza moral y estética para la verdad, que no es sino la belleza; belleza como la entendió Platón, como idea luminosa que despierta al amor, y también como la entendió Aristóteles, como armonía, es decir, como unidad en la diversidad. Esta belleza (y no la kantiana, que es la que hoy está instalada, que es una belleza desprovista de cualquier consideración más allá de la mera generación de placer) debe ser la lumbre y el hogar de la universidad; una luz alta que desperece e invite a la senda del amor, que no es sino la del conocimiento. Una sonata armoniosa que engarce en sí la multitud de vidas diversísimas que en torno a ella se reúnen. Este y no otro, creo yo, debe ser el sentido de la universidad. Este y no *rankings* internacionales que intentan hacer contingente el océano. Este y no certificados expedidos por una u otra Administración, porque si la universidad renuncia, por acción u omi-

sión, a ser un hogar para lo sublime, para la belleza, perderá su altura moral, dejará de ser faro para una sociedad desnortada.

La aceptación de todo esto, claro, conlleva una vuelta de tuerca más, porque ya no es suficiente con el encomiable y necesario esfuerzo de aumentar la dotación para becas, potenciar la investigación (un esfuerzo del que los rectores saben más que yo, porque yo no sé, de momento no me he dedicado a eso); la asunción de esta visión de que la universidad debe ser un refugio para la belleza exige o exigirá o exigirá a la comunidad académica algo mucho mayor, de mayor trascendencia: exigirá dejar de ver la universidad, ni tan siquiera observarla; sencillamente, contemplar la universidad como con todo el peso del significado del verbo “contemplar”.

Hasta aquí en la universidad. Ahora, lo que yo creo que debe ser la universidad cristiana.

[Murmullos]

Termino superrápido.

Lo cristiano en una universidad no debe buscarse en que lo ha promovido la Asociación Católica de Propagandistas, la Santa Sede, el obispado... Porque, al final, eso está gestionado por hombres; que lo haya fundado la Asociación Católica de Propagandistas no asegura que esa universidad sea católica. Lo cristiano en una universidad debe buscarse más allá del nombre o del santo patrón al que esté encomendado. Si recuerdan, en el evangelio de San Mateo hay un apartado que los teólogos han llamado “el discurso comunitario”, en el que Cristo habla con los discípulos sobre cómo debe funcionar la Iglesia y ahí está la famosa cita: “Porque donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos”. Por esta frase, la Iglesia que, tradicionalmente, hemos definido como el cuerpo místico de Cristo, es mucho más que una jerarquía eclesiástica o una diócesis. La Iglesia es también la universidad y la universidad tiene que comportarse también como una especie de iglesia particular. No sé si los términos son exactos teológicamente. Por lo tanto, deben soberanear en la universidad los mismos aires que gobiernan la iglesia: misericordia, acogida, abrazo fraterno, asistencia...

Lo que nunca (a mi modo de ver) debe ser una universidad es un centro de catequesis. Una universidad cristiana no es un centro de catequesis; fundamentalmente, porque no sirve para nada. Lo cristiano de una universidad no debe ser que haya (ya lo han dicho los rectores) una capilla, que se celebren los sacramentos, que haya algunos sacerdotes... Porque eso, más mal que bien, está en la mayor parte de las universidades españolas. Lo cristiano de una universidad está en, como he dicho, ser un hogar para la belleza y tomo la definición de belleza que dio un humanista carolingio, Juan Escoto

Eriúgena, que dijo que “la belleza es una manifestación de Dios”. Tomando esto, la universidad cristiana no debe ser una teofanía, una manifestación de la divinidad de Dios, como si el campus fuera un moderno Sinaí y que en vez de una voz que surge del cielo, o una zarza ardiendo sin consumirse, sean los pequeños detalles, el día cotidiano, el que delicadamente truene los corazones y entendimientos de todos (profesores y alumnos); una teofanía en la que se renueve lo que, en el Génesis, Dios le dijo a un nonagenario Abraham: “Yo soy Dios Todopoderoso, camina en mi presencia y sé perfecto, yo concertaré una alianza contigo: te haré crecer sin medida”.

Muchas gracias.

[Aplausos]

MRSY - Creo que Álvaro ha puesto de manifiesto que es un brillante alumno y ha puesto de manifiesto la belleza de la universidad y, además, el colofón a nuestras intervenciones. Así que enhorabuena, Álvaro. Ya lo he dicho, yo quería tener alumnos como tú. Muchas gracias. Además, has puesto de manifiesto lo que esperan los alumnos de nosotros, a veces más de lo que pensamos.

Ahora queda tiempo para una pregunta.